

Una Crisis De Imagen: ¿Por Que Los Ciudadanos No Le Valorizan A La Prensa?

Image Crisis: Why Do Not You Valorize Citizens The Press?

Eugênio Bucci

eugenibucci@uol.com.br

Universidade de São Paulo

Resumen

El artículo trata de identificar la crisis de imagen de la prensa en América Latina a partir de una reflexión del cuadro político y del valor de la prensa libre. Estas regiones avanzan hacia sociedades democráticas estables, pero fluctuaciones a corto plazo se caracterizan por gobiernos autoritarios que afectan el ejercicio del periodismo. Pensar acerca de esto es indispensable para el estudio de los medios de comunicación.

Palabras-clave: Ética; libertad; comunicación; prensa; crisis de imagen

Abstract

The article attempts to identify the image crisis of the press in Latin America from a reflexion of the political picture and about the value of a free press. These regions move towards stable democratic societies, but short-term oscillations, we can observe some movements in the authoritarian direction, which suffocates the exercise of journalism. Think about this situation is indispensable for the study of the media.

Keywords: Ethics, freedom, communication, press, image crisis

Entre los discursos de la derecha y la izquierda

El presente artículo va presentar la visión de un periodista y a la vez profesor de periodismo que actúa dentro de nuestro continente, en el que vivimos un momento histórico en particular. En primer lugar, intentará hacer un análisis acerca del valor de la libertad de prensa tanto en los movimientos de largo plazo como en los de pequeña duración. A partir de eso, irá indagando acerca las razones por las cuales a la gente en la calle no le parece esencial la libertad de prensa. ¿Qué pasa con la mentalidad política de los ciudadanos y de los periodistas?

Ciclos de largo plazo y ciclos de pequeña duración

En los movimientos de larga duración, aquellos que sólo se completan al cabo de muchas décadas, nuestros países, o sea, los países de Centro América y de América del Sur aún tratan con la consolidación de la democracia, es decir, aún trabajan en el establecimiento de sus rutinas institucionales en regímenes inclusivos de justicia social, apoyados en la libertad y en el Estado de Derecho, desde que se han ido las dictaduras de derecha hace unos veinte o treinta años (especialmente en Brasil, Argentina, Chile y otros). Podemos mencionar que existen, errores, aciertos, encuentros y desencuentros, todos absolutamente previsibles. Lo que es más importante es que, en el ciclo de largo plazo, caminamos hacia la democracia.

Estos movimientos de larga duración, a su vez, están constituidos de secuencias de acciones más cortas, más breves, de aliento menor, que sólo se pueden observar en intervalos menores, en el transcurso de pocos años. Al referirnos a estas acciones de menor alcance en la línea del tiempo, podemos decir que actualmente vivimos periodos de un considerable cansancio y agotamiento de los discursos de la derecha, que acabaron por minar su propia credibilidad. Entre otras razones, eso pasó porque esos pensamientos están por demás identificados, en los países de nuestra región, con regímenes brutales de opresión, censura y crímenes contra la humanidad. En este mismo plano, dentro de las acciones de aliento menor, podemos tener en cuenta también un entusiasmo, una casi euforia, con los discursos de perfil populista, que tienden a prejuzgar como malos a todos los que estén asociados al mercado, y que tienden igualmente a la idolatría de aquellos líderes políticos que, por su vez, buscan asumir su condición de libertadores nacionales contra lo que llaman de élites. Entonces, tenemos un agotamiento de los discursos de la derecha, de una parte, y, de otra parte, una idolatría de populistas que se dicen de izquierda. Esto todo en lo corto plazo, una vez que, en el plano de los largos plazos, vamos repetirlo, seguimos nuestro camino hacia la democracia.

Lo que es irónico en este punto es que los líderes populistas, o populistas de nuevo tipo, no se muestran dispuestos a aceptar el principio de que la libertad de crítica radical y la de investigación profunda, movida por la prensa, debe ser un pilar estructurante de las democracias y, por consiguiente, no pueden estar a merced de las prerrogativas de los gobernantes. Ellos quizás se han olvidado de que las libertades no son un lujo de la burguesía, sino una conquista histórica de toda la humanidad.

El difícil camino de nuestros países en la dirección de las plenas libertades es, así, un camino lleno de oscilaciones. Algunas veces nuestros pueblos aceptan convivir con autoritarismos supuestamente renovadores que, como podremos constatarlo en breve, sólo retrasan el progreso y obstaculizan la mejor comprensión que deberíamos tener de los derechos humanos. Por cierto, también esos contratiempos tendremos que superarlos. Tendremos que saber producir plataformas de consenso que rechacen el autoritarismo y el abuso del poder, tanto de la derecha como de la izquierda, y que promuevan en todos los

sentidos la dignidad y la integridad de la persona humana, en una sociedad más justa y próspera. Aprenderemos que la dignidad humana no es ni de derecha ni de izquierda, sino que un centro gravitacional de las sociedades libres.

Hago esta breve reflexión inicial de fondo, porque ella está directamente involucrada con el tema de la ética periodística en nuestro continente. Observaremos sin más dificultades para nosotros, que la democracia ha sido una conquista ardua y, más que todo, una conquista cuyo mérito cabe, en gran parte, a nuestros periodistas. Pero nuestras sociedades no se dan cuenta de eso, de lo que trataremos en el final del presente artículo.

Los contratiempos de la construcción de la democracia y los poderes del Estado y del crimen

En nuestra región, la democracia viene construyéndose a lo largo de un proceso difícil, sufrido, y a veces traumático, que costaron y aún cuestan vidas humanas. Muchas de las víctimas son periodistas,¹ que cayeron y continuarán cayendo en el ejercicio de la profesión. En Brasil, uno de los más notables fue Vladimir Herzog, asesinado en 1975 en las dependencias del Ejército, en San Pablo. Entre nosotros, la democracia viene siendo construida gracias a la contribución de muchas fuerzas sociales, ciertamente, y de manera muy especial, gracias al coraje, rectitud y a la competencia de los reporteros y editores que ejercen su deber ético de buscar la verdad de los hechos, llevando al ciudadano relatos independientes y honestos. Debemos nuestra democracia a estos hombres y mujeres, que no retrocedieron en su oficio de fiscalizar e investigar el poder.

Una aclaración fundamental debe ser dicha. Cuando hablamos del poder no estamos refiriéndonos únicamente al poder público, aquel instalado en el Estado, sea en el Parlamento, en el Judiciario o en el Poder Ejecutivo. La palabra poder, este poder que pide constantemente la fiscalización y la investigación movida por la prensa, este poder que lograría transformarse en el absoluto si no fuera la visión crítica que sólo puede ser construida a partir de la prensa, esta palabra, poder, no se restringe al poder del Estado. Ella también designa al llamado poder económico, que mantiene, muchas veces, relaciones promiscuas, indebidas, con el poder establecido en el Estado. Más aún, y esto ha sido una tragedia particular en México, Colombia, Perú, Venezuela y en Brasil, entre otros países, esta palabra designa también el poder de las organizaciones criminales² que, ellas mismas, encontraron formas de asociarse a los otros dos.

No podemos menospreciar este otro poder, aunque, en términos clásicos, la ciencia política rechace llamarlo por este nombre, poder.

Actualmente vivimos en un contexto en el que las organizaciones ilegales, clandestinas, asociadas al tráfico de drogas, de armas, o a la creación de diversa milicias que oprimen a las poblaciones por medio de la violencia bruta, alcanzaran verdaderamente el poder – que es político – de interferir en los rumbos políticos de las sociedades que

aterrorizan. Por lo tanto, actualmente el poder no se encuentra sólo en los palacios de gobierno, sino que también está en los núcleos que concentran armas, dinero y que corrompen a las autoridades públicas y hasta a las instituciones del Estado, cuando no al propio aparato del Estado en su totalidad.

Intentemos visualizar la realidad mundial, más allá de las Américas. Frente a esa realidad mundial, se hace necesario preguntarnos: ¿Qué es lo que hoy en el mundo entero asesina más periodistas? Cualquiera respuesta, por consiguiente, nos llevará a esas tres formas de poder:

- el que se encuentra alojado en el Estado, pero sin legitimidad.
- el poder económico que se beneficia ilegalmente de los regímenes autoritarios.
- el poder de las organizaciones criminales.

Todos ellos, como sabemos, a veces se mezclan, se asocian y se confunden. Por esta razón, cuando hablamos del poder del Estado ilegítimo (o, quizás, del gobierno corrupto) no podemos perder de vista a los otros dos. Los tres, por lo fin, tienen finalidades comunes: oprimir a la opinión pública y a la vida de las sociedades. Por esto matan a los periodistas en todo el mundo. No es casual. Éstas sean las tres modalidades de poder que representan las mayores barreras en la construcción de la democracia en nuestros países. Por lo tanto, ellas tienen por finalidad silenciar, callar y matar a la institución de la prensa, pues la prensa, si verdaderamente libre, cuestiona, duda e investiga, cualquier que sea el poder.

El mejor periodismo existe para investigar el poder. Esto quiere decir que, por mejor que sea el poder – o el ejercicio del poder – el mejor periodismo existirá para criticarlo, para investigarlo, para cuestionarlo. Por la misma razón, siempre que se ataca a periodistas con truculencias y artificios aparentemente legales (pero esencialmente violentos), el poder es un poder ilegítimo, autoritario y antidemocrático, una vez que intenta a suprimir la libertad de crítica.

La institución de prensa

Aquí es el caso de preguntarnos: En fin, ¿qué es la institución de la prensa?

La institución de la prensa no es solamente una simple suma de periódicos, revistas, sitios en la red, estaciones de radio y TV en una misma región, al mismo tiempo. Todo esto es su expresión, pero no es su núcleo más profundo. La institución de la prensa, si queremos ir más allá de lo que es meramente aparente, es el lugar social en el que el derecho a la información y a la libertad de expresión y de comunicación se ejercen, aunque en ciertos casos de modo precario. La institución de la prensa es el sitio social en que esas libertades e esos derechos tienden a ser ejercidos sin restricciones previas.

Por eso la institución de la prensa puede existir en germen, sin que los medios físicos para esto estén dados. Desde que haya ciudadanos moviéndose en la dirección de ejercer sus libertades fundamentales dentro de un proceso social que los coloque en comunicación entre sí, existirá la semilla de la institución de la prensa. Atención, porque también pueden existir medios de comunicación, los más modernos, sin que exista, de verdad, la institución de la prensa. En una dictadura, el poder del gobierno y el poder económico pueden contar con emisoras y redes de canales de TV y radio, con la más alta tecnología, y sin embargo allí no habrá prensa al no haber libertad. Habrá antenas, micrófonos, habrá rotativas, periódicos impresos, pero no habrá prensa, pues para que haya la prensa será necesario que haya la libertad. Si no se puede hablar mal del gobierno, aunque sin razón, no habrá la libertad. La prensa o es libre o no es prensa.

Luego, los agentes de la prensa libre son aquellos que, individual y colectivamente, ejercen o luchan para ejercer la libertad. Esos profesionales no aceptan doblegarse al poder, no importándoles la forma como ese poder se presente.³ Estos pueden trabajar en pequeños medios comunitarios, como bien pueden trabajar para grandes periódicos, pertenecientes a los grandes grupos económicos. Es esencial que esté claro: el ejercicio de la libertad no es el monopolio de una posibilidad o la de otra: puede existir la libertad tanto en los medios comunitarios como en medios que pertenezcan a los grandes grupos económicos. A unos y otros debemos nuestras conquistas democráticas. Esto quiere decir que a unos y la otros hay que garantizar la libertad plena.

En nuestras sociedades es común una pequeña confusión: muchos creen que en los grupos económicos de mayor escala, los más grandes, no hay ningún resto de libertad de prensa, pues todas las redacciones están subordinadas a los intereses particulares de los propietarios de la empresa. Nada más falso, nada más demagógico, nada más peligroso. Las cosas no son así – o, por lo menos, no necesariamente.

Intentemos aclarar las cosas. Comenzando por los medios comunitarios. Esta palabra, comunitarios, que se repite como si fuera una contraseña, una palabra mágica, un salvoconducto, no es garantía de independencia editorial. ¿Hay medios comunitarios independientes, críticos, actuantes, haciendo periodismo de calidad? Claro que sí. Está claro que los hay, pero también hay lo opuesto. Observemos con más criterio a cada uno de nuestros países, tanto en Brasil como en todas las naciones de lengua hispánica. Veremos que en todos hay centenas, para no decir millares de medios que se dicen comunitarios y que, en verdad, de un tiempo para acá pasaron a servir a los gobiernos de perfil más o menos populistas. Son medios financiados directa e indirectamente por el dinero público y que, en contrapartida, promueven los intereses electorales y políticos de los gobernantes. Hacen propaganda ideológica a favor del poder. Observen: estos medios están en su derecho de expresarse, pero ellos no luchan por liberarse de la influencia del poder político, sino que se

acomodaran a esa influencia. Ellos no son independientes – son pertenecientes a la máquina de la propaganda oficial-. Ni siquiera podría decirse que ejercen el periodismo.

Además, hay grandes ejemplos del buen periodismo, del periodismo crítico, fiscalizador, de buena calidad, en periódicos, revistas, noticieros de radio y televisión, que pertenecen a grupos privados, algunos de ellos de gran tamaño. Muchos de ellos hacen trabajos investigativos que nos orgullecen a todos.⁴

Por otro lado, existen las oligarquías, que después de especializarse en saquear al Estado y de valerse de métodos ilícitos para, con base en los recursos públicos, acumular fortunas privadas, decidieron que deberían hacerse dueñas de empresas de medios de comunicación. Esta acción la hicieron con el único propósito de poner a la opinión pública a su guión. Estas oligarquías – que degradan la ética periodística – aprendieron a instrumentalizar sus medios, reduciéndolos a agentes baratos de sus intereses familiares, intereses tanto políticos como económicos y a veces religiosos. Estas oligarquías humillan diariamente a los periodistas que se someten a ser sus empleados. Hay mismo las oligarquías que, de pose de sus medios, intentan hasta golpes de Estado, basta ver lo que pasó en Venezuela en 2002.⁵ Estas deben ser denunciadas y combatidas. En nuestro camino hacia la democracia, tendremos que dejar este tipo de práctica usurpadora para atrás. Pero ni todos los medios privados y comerciales están a servicio de oligarquías. No caigamos en las generalizaciones. Cuidado.

No caigamos en el simplismo demagógico al afirmar que toda la prensa comunitaria es buena, libre y crítica – y que todo el periodismo practicado en los grandes grupos económicos está viciado, vendido a los intereses del capital. Esto no es verdad.

La prensa privada también es legítima y puede ser buena

¿Qué es lo que hace que los grandes periódicos no sean este demonio que el discurso populista intenta caracterizar? Y por qué, muchas veces, trabajan al servicio del derecho del ciudadano a la información?

La respuesta es relativamente obvia, pero infelizmente ha sido despreciada. Tratemos de recuperarla. Esos medios periodísticos comerciales se encuentran al servicio de la sociedad por la conexión que ellos tienen con la madurez de la mentalidad democrática de su gente, una conexión que es un compromiso material, más profundo, y que, en los momentos críticos, acaba hablando mucho más alto que los propios intereses mas pequeños, de algunos accionistas de estos grupos económicos. Sus dueños acaban por darse cuenta de que sus intereses no pueden ser opuestos al interés nacional, del interés social, del interés de la gente.

Aquí hay un encuentro saludable entre relaciones de mercado y las relaciones puestas por el vínculo entre el ciudadano libre y los medios que él consume, y los consume con un

nivel creciente de expectativas, de exigencias. Los medios en los cuales exista inteligencia histórica saben lograr la sintonía con estas exigencias, que son exigencias históricas –y así se transforman-. En este sentido, hay una conexión histórica, forjada por la experiencia social a lo largo de décadas en toda nuestra región, por medio de la cual se firmó un compromiso de muchos de estos grandes medios con el imperativo de la prensa crítica, independiente, capaz de atender a las demandas de los pueblos hacia la consolidación democrática.

Esto explica la creciente cobertura periodística de los casos de corrupción en nuestros grandes medios de prensa, todos comerciales. Esto explica la defensa intransigente de la libertad que ellos han hecho, levantando banderas justas y necesarias. Así, va quedando en el pasado aquel comportamiento de los grupos de comunicación que financiaban, apoyaban y pregonaban golpes de Estado, y va consolidándose una vertiente más crítica. Y esta es buena.

Claro está, que en términos de calidad editorial, existen aún graves vacíos en nuestros principales medios de prensa. El valor del pluralismo, el de un pluralismo auténtico y vigoroso, aún no ha sido debidamente incorporado por el conjunto de la prensa. Esto tal vez sea uno de los mayores retrasos con los que aún convivimos.

Por qué el pueblo no reconoce el valor de la prensa libre?

El pluralismo quizás sea la palabra clave. Sabemos que, para la sociedad, la prensa libre es un derecho – y, por eso mismo, para los periodistas ella es un deber. Lo que pasa es que, quizás por qué nos falte el pluralismo, la sociedad no tiene una convivencia saludable con los periódicos.

¿Lo que los periódicos podrían hacer, más allá de lo que ya están haciendo, para ayudar a la sociedad – y a sus lectores – a entender y a valorizar aún más la institución de la prensa libre?

Algo llama la atención en nuestros días. Cuando los diarios son atacados por los gobiernos, las reacciones de los ciudadanos son tímidas, mucho menos enfáticas de lo que deberían ser. En Brasil, por ejemplo, hay censura judicial contra la prensa y eso no parece molestar a nadie. Sí, lo sabemos, hay casos en que la población se hizo solidaria con emisoras de televisión y radio amenazadas y protestó públicamente. Pero, atención, la adhesión popular a esas manifestaciones no ocurrió tanto para proteger a la prensa libre, sino que para preservar los programas de entretenimiento, como telenovelas, apreciadas por los telespectadores.⁶ Así, lo que sabemos hasta ahora es que al pueblo no le gustó cuando le quitaron el circo, pero no se sacudió, no le importó demasiado cuando la libertad de prensa fue atacada.

¿Será que las sociedades nacionales de nuestro continente no tienen a la libertad como un pilar esencial de la democracia? ¿Será que viven con la idea de que un poco más o un poco menos de libertad no supone una gran diferencia en el día a día democrático? ¿Cómo explicar

este hecho? ¿Hay algo que los periódicos puedan hacer al respecto? ¿Qué medidas podrían tomar los diarios?

Si es verdad que, por alguna razón, las masas se movilizan más para proteger el espectáculo y menos para defender el periodismo crítico, hay una hipótesis a considerar. Es posible que en las vidas de mucha gente, hoy, el periodismo libre no fue incorporado como un valor esencial, algo tan vital como el propio aire, como a nosotros, periodistas, nos gusta decir. Es posible, además, que en muchos países de nuestra región la gran mayoría de los ciudadanos no tenga una experiencia histórica positiva con el periodismo. Ellos quizá identifican a la prensa como un factor de promoción de intereses privados, de privilegios particulares, y menos comprometida con la fiscalización objetiva del poder, con la defensa de los derechos universales de todas las personas.

Si eso de alguna manera es verdad, la libertad de prensa es buena, no hace mal, no perjudica, pero, si se diera el caso de tener que luchar por ella, no valdría tanto la pena.

Acerca de esta hipótesis, tenemos que investigarla mejor. La industria de la comunicación y las empresas periodísticas gastan dinero en muchas encuestas mercadológicas, pero estudiamos muy poco la cultura política de nuestros públicos, y su relación con la prensa en nuestro continente.⁷ Pero, desde ahora, ya sabemos que hay, de algún modo, un problema de imagen de nuestra prensa en general.

Si nuestros diarios y periódicos son vistos, por algunos o por muchos, como herramientas al servicio de cualquier interés que no sea el derecho a la información del ciudadano, la consecuencia es muy directa: los ciudadanos, al menos intuitivamente, no irán a defender la prensa como si fuera suya. Para muchos de ellos, la defensa de la prensa será sinónimo de defensa de intereses particulares, de privilegios, de unos pocos grupos privados, y no del interés público, del interés general de la sociedad. Así, las masas verán a la prensa como “cosa de otros” o, lo que es todavía peor, “cosa de élites”, como nos acusan los gobernantes populistas.

Entonces, de nuevo, ¿o que pueden hacer los periódicos?

Para empezar, no deberíamos jamás descuidar la pluralidad. Esta palabra, pluralidad, se convierte aquí en una piedra angular. ¿Escuchan nuestros periódicos las voces divergentes? ¿Les dan un lugar destacado, procurando retratar en los argumentos contrarios lo que tienen de bueno? ¿Hay diálogos en las páginas de nuestros diarios? ¿Los interlocutores están verdaderamente tratados con respeto? ¿Nosotros, como editores, suponemos que todo ser humano es movido, en principio, por la buena fe? ¿O, en contrario, nos apresuramos a demonizarlo?

En algunos países de nuestro continente, el nivel de polarización y de agresividad alcanzó tal grado que es difícil hablar de la buena voluntad de algunos que se comportan como enemigos declarados de la libertad. Asimismo, tal vez debamos fortalecer nuestros esfuerzos para proporcionar al pueblo en general una convivencia positiva, una convivencia plural con los vehículos periodísticos. O el público reconoce en los órganos de prensa un lugar propicio para el diálogo de buena fe o ese mismo público no defenderá esos órganos como un patrimonio suyo, inalienable, valioso e indispensable.

Cuidemos tener en cuenta que los periódicos valen menos por la verdad que prometen y valen mucho más por los métodos con los cuales buscan la verdad de los hechos, que es siempre una verdad provisoria y efimera. Esos métodos incluyen, hoy, una postura desarmada, no belicosa, de reportar los hechos y expresar las ideas. Incluyen un compromiso radical con el derecho del lector de formar libremente su opinión, compromiso radical que debe de estar por encima de cualquier otra vinculación con motivos o banderas externas al periodismo.

Es posible que el valor del pluralismo todavía no haya sido asimilado tan profundamente como se necesita. Un periódico verdaderamente plural separa con nitidez la opinión de la información, así como publica sin restricciones ideológicas los mensajes del lector y las contestaciones de los entrevistados. Un periódico plural no se pierde en partidismos, rechaza cualquier ubicación pasional con el gobierno – a favor o en contra. Un periódico plural es intransigente contra cualquier forma de poder dictatorial. En cuanto a esto, es inflexible. Por las mismas razones, es respetuoso con toda forma democrática de poder, por muy grandes que sean las diferencias.

Si tenemos, en nuestros distintos países, los ciudadanos no defienden sus diarios como deberían defender, eso se debe principalmente al oportunismo demagógico de gobernantes que se dedican a alentar a sus seguidores contra la prensa libre. Pero también debemos buscar en las debilidades de nuestros periódicos, hoy, un factor que contribuya para el distanciamiento entre sociedad y prensa. Si hay debilidades de ese tipo en nuestros diarios, mejorar la calidad editorial se convierte en una necesidad ética y mercadológica, pero, sobre todo, en una agenda política – y urgente.

Bibliografía

BUCCI, Eugênio (2009). *A imprensa e o dever da liberdade*. São Paulo: Contexto.

BUCCI, Eugênio (2009). *Quando só a imprensa leva a culpa (mesmo sem tê-la)*. *Estudos Avançados* [online], vol.23, n.67, pp. 61-78. ISSN 0103-4014. Recuperado el día 14/04/2012, de <http://dx.doi.org/10.1590/S0103-40142009000300007>. Disponible en <http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0103-40142009000300007&script=sci_arttext>.

GOMES, Marcos Emilio (2012). Ponto Final. Revista de Jornalismo ESPM. Jul. Ago. Set., pp. 16-23.

Fuentes electrónicas

<http://cpj.org/> - Committee to Protect Journalists

<http://cpj.org/killed/americas/brazil/> - Committee to Protect Journalists. Muertes en Brazil

<http://cpj.org/killed/americas/mexico/> - Committee to Protect Journalists. Muertes en México

<http://cpj.org/2012/02/attacks-on-the-press-in-2011-americas.php> - Committee to Protect Journalists. Base de datos sobre las Americas

<http://cpj.org/2012/02/attacks-on-the-press-in-2011-colombia.php> - Committee to Protect Journalists. Base de datos en Colombia

¹ Un estudio detallado sobre los asesinatos de periodistas y la impunidad fue conducido por el periodista Emilio Marcos Gomes. Ver GOMES, Marcos Emilio. Ponto Final. Revista de Jornalismo ESPM . Jul., ago., set. 2012, pp. 16-23.

² De acuerdo con la base de datos del Committee to Protect Journalists, de los 29 periodistas asesinados en Brasil en los últimos 20 años, fueron 21 los que han confirmado la causa de muerte: 95% de los casos fueron por homicidio, 75% permanecen en total impunidad y de un 35% se sospecha por participación en crimen organizado. En México, hay 50 muertes en el mismo período, con 27 causas confirmadas: 93% fueron de homicidio, de los cuales 88% de los casos permanecen en total impunidad y hay sospecha de que el 76% de los casos tienen relación con el crimen organizado. En las Américas, desde 1992 había 140 muertes y 92 casos que no tienen solución. Brasil, Colombia y México están entre los 13 peores países en el Índice de Impunidad del Committee to Protect Journalists (CPJ).

³ En marzo de 2011, el presidente de Ecuador, Rafael Correa, presentó una demanda tras la publicación de un columnista de opinión del diario El Universo, Emilio Pacheco. Fueron condenados los periodistas Juan Carlos Calderón y Christian Zurita, tres directores y un ex columnista del diario El Universo. Después de la presión internacional, en un discurso transmitido en vivo por la cadena CNN, el presidente de Ecuador decidió indultar a los condenados y los procedimientos de desistimiento. Disponible en <<http://cnnespanol.cnn.com/2012/02/27/rafael-correa-habla-sobre-la-sentencia-contr-el-diario-el-universo/>>. Visto el día 12/04/2012.

⁴ El periódico O Estado de S. Paulo espera una decisión judicial que le impide divulgar informaciones sobre la operación Boi Barrica. Ver BUCCI, Eugênio. Quando só a imprensa leva a culpa (mesmo sem tê-la). Estudos Avançados [online]. 2009, vol.23, n.67, pp. 61-78. ISSN 0103-4014. Disponible en <http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0103-40142009000300007&script=sci_arttext>. Visto el día 12/04/2012.

⁵ Ver The revolution will not be televised, un documental de Kim Bartley y Donnacha O'Briain, Irlanda, 2003. Los directores son dos cineastas independientes que se encontraban en el palacio de gobierno en Caracas el 11 de abril de 2002. Los realizadores fueron capaces de registrar el golpe entero hasta el regreso del Presidente Hugo Chávez.

⁶ El caso que he citado se refiere a la insatisfacción popular con el cierre de emisoras de televisión, ocurrió en Venezuela, principalmente con la persecución contra RCTV a partir de 2007.

⁷ Hacemos muchas encuestas mercadológicas, y pocas encuestas sobre la cultura política de nuestras audiencias. Deberíamos tener más estudios al respecto, estudios continuados, dentro de una línea histórica, que se encargue

de mostrar si los distintos públicos atribuyen un valor alto a la prensa en general y a sus vehículos periodísticos en particular. Cómo, en qué medida, en qué nivel.